

POR LAS BARRACAS

EN LAS

FERIAS DE SAN SEBASTIAN

A mi excelente amigo Joaquin Usunariz

Yo, como tú, gusto extraordinariamente, amigo Joaquín, de los expextáculos humildes, de las fiestas populares que emboban á las gentes sencillas, de los lugares donde se congregan los niños, las muchachas, los jóvenes, para presentársenos tales como son, sinceros, joviales, olvidando por un momento las reglas, no pocas veces ridículas, que les obligan de continuo á ser amables conforme á la última moda, á sonreirse según el nuevo mandato de las costumbres extranjeras y á vestir, pasear y saludar, ajustándose á las reglas odiosas y siempre renovadas, que hacen de cada hombre un autómata, manejado por todos los demás.

Por eso, cuando desde la orilla del mar veo á la hermosa terraza del Casino hacer un supremo esfuerzo para no hundirse al peso de tanta belleza, cuando miro en la Alameda renovarse de continuo las filas interminables de abrumadora elegancia, distingo sobre las muchedumbres una figura sarcástica que triunfante sonríe al ver la facilidad con que maneja esa multitud inmensa de esclavos que llena el mundo. Es la

silueta de la moda, de la moda que llama Boulevard á la Alameda, de la moda que transforma la comodidad en tormento, de la moda que hace afectación de la sinceridad, de la moda que convierte en mentira al mundo.

Y huyendo de esos lugares busco otros en los que reine la sinceridad, otros en que puedan los caracteres joviales expansionarse sin más limitaciones que las de una consideración racional al prójimo.

Figúrate, pues, lo que me habré divertido al discurrir por entre la doble fila de barracas y tienduchas que durante varias noches han inundado de luz el más hermoso paseo de nuestra queridísima Donostiya.

He recorrido paso á paso los modestos escaparates repletos de cosas pequeñas, de enseres diminutos que apiñados en orden admirable brillan tras el incoloro cristal; he visto balancearse incansables en los hilos extendidos de extremo á extremo de las casetas cuanto pudiera exigir para su solaz el más descontentadizo niño; he contemplado á un hombre repartir casi con cariño por la hirviente superficie del aceite que bullía en inmenso caldero la blanca masa, la masa limpia que doraba merced al fuego que en el hogar ambulante zumbaba, serviría, caliente aún, y salpicada con arena de finísimo azúcar, de regalo no frecuente á muchas gentes que bajan de tarde en tarde á la ciudad; lie admirado, asombrado como niño lugareño, el aspecto alegre de cada una de las barracas y he escuchado con la fruición del que no oyó jamás otra música que la del armonium gangoso de la parroquia de su aldea, los ecos valientes de la trompetería que anima la feria; he visto girar veloces los caballitos arrancando gritos de satisfacción y exclamaciones nerviosas á los que en ellos cabalgaban; he visto las lanchas de los trapecios describir airosos arcos, luciendo sus brillantes colores. Pero no he visto esto sólo; me agrada en estas cosas, más que su contemplación, el observar las sensaciones diversas que causan en los demás, en las gentes sencillas, en las que dejan transcribir al exterior sus impresiones mis hondas, en las gentes que no son lo suficientemente cultas (!) para aparecer ante los demás como estatuas que no gozan, que no se asombran, que disimulan todo.

Y para estas observaciones sí que presta ancho campo el escenario del ferial.

Recorre el viejo aldeano pausadamente las tiendecillas, tímido, sin atreverse á tocar nada; parase ante algo que le llama la atención y quisiera comprarlo; palpa con su callosa mano la faltriquera de la blusa, se

convence de que aún hay dinero en su verde y larga bolsita; mira de nuevo el objeto que codicia..... y se va porque no se atreve á pedirlo. Y pasa por allí cuatro ó cinco veces creyendo decidirse, mientras busca en su magín algún fútil pretexto con el que se engaña á sí mismo y el cual le sirve de razón para marcharse sin hacer la compra.

Y llegan luego las jóvenes que vinieron de pueblecillos cercanos: son varias; hablan en voz baja, cambiando impresiones, acerca de las sortijas, los pañuelos de seda..... Quisieran saber lo que vale aquella peineta: Juana dice que pregunte la Josepa, la Josepa que interroga la Antoni, y ninguna se atreve hasta que ya Marichu, animada por las excitaciones amigables de sus compañeras, se decide. Pregunta, le responden y un e.....ne largo y tímido sale de todos los labios, y sin decir más, con las cabezas bajas, se escabullen hasta el puesto inmediato.

Y sigue un viejo malhumorado que prueba todas las gafas del montón pard no quedarse con ninguna, y la resuelta madrileña que habla sin tasa para protestar del precio de un imperdible que allá se lo dan casi gratis, y el niño que á duras penas puede estirar su brazo hasta el mostrador para cambiar su moneda por un pito de hojadelata, y la solterona que regatea la perrilla en el collar que compró para su gatito, y la pretenciosa dama que murmura porque lo comprado no se lo quieren llevar á casa y otros mil tipos diversos que prestan materia abundante de entretenimiento á quien con un poco de atención frecuente aquel lugar.

Y al pasar de las tiendas humildes á las barracas donde con colores chillones y pinturas toscas nos anuncian monstruosos fenómenos, ó á esas otras elegantes que con profusión de luces y músicas alegres nos incitan á entrar, he recordado con fruición los tiempos felices en que con zalamerías no acostumbradas rondábamos las faldas de nuestras madres, preparando el terreno para amenguar con el dulzor de los mimos el efecto que calculábamos había de causar en ella la petición de los diez céntimos necesarios para deshacer los misterios que se ocultaban tras las cortinas rojas del barracón. Y recordándolos, al pensar lo dichoso que se consideran los niños cuando ven satisfechos los más nimios caprichos, he deseado volver á la edad en que se considera como gran capital la moneda pobre que hoy despreciamos, á la edad en que se ven como causa de supremo deleite los espectáculos que ahora desdenamos. Sí, hoy que llegué á ser uno de aquellos que en nuestra niñez envidiábamos, he visto á muchos niños mirar con ojos inmóviles

como ruedan los cerdos, los caballos, las lanchas, conduciendo multitud de amiguitos que pueden cumplir sus antojos infantiles.

Y los he visto atisbar por las entreabiertas cortinas rojas y pararse absortos, alælados por la música, ante los órganos resonantes.

Y los he visto acercarse á las barracas todas, en silencio, paseando sus miradas por los rincones más ocultos.

Y he dicho ¡cuántos goces desconocidos para nosotros que podríamos disfrutarlos, reconocerán en el caserón ajado los revoltosos niños!

Y sin darme cuenta, pensando en un segundo un mundo de cosas, he puesto una moneda en una mano infantil

Y el niño, dándome las gracias con dulce mirada, ha desaparecido veloz por la pequeña puerta del cinematógrafo que le enloquecía.

Y ya de noche he creído ver al niño que, interrumpido por cariñosos besos, contaba entusiasmado á sus padres la fortuna que tuvo. y las sonrisas de los tres acaraciábanme el alma.

GREGORIO DE MÚJICA.

Fuenterrabía 30 de Septiembre de 1905.

